

X.

**La escuela de las pasiones.**

Al llegar la noche, los enamorados estaban encantados el uno del otro, y juraron amarse siempre.

Más adelante veremos que si M. de La Marche fué el primer amante de Esther, también fué el último, después de un paréntesis.

Al entrar en París, se comprendieron tan bien sin hablarse, que ninguno preguntó al otro si tenía dos lechos en su alcoba.

¿Se despertaba ella en casa del amante? ¿se despertaba él en casa de Esther? Habían representado tan bien Hipólito y Aricia, que enviaron á Fedra á dormir al teatro Francés.

Al otro día hizo preparar el amante un bonito cuarto, para cuando la joven quisiera hacerle ensayar su papel de nuevo.

Ésta, por su parte, estaba sorprendida de haber olvidado tan pronto á M. de Ravigny. ¿Cómo un amor tan arraigado se había desva-

necido de aquel modo? ¡Esa es la eternidad de las pasiones! La mujer que se mata hoy por desesperación, se reiría mañana si hubiera encontrado quien la consolara.

Esther no dijo una palabra á su amante de su pasado amor. Pudo creer, por lo tanto, en todas las virginidades. Además, ¿qué importan las nubes ya desvanecidas cuando brilla el sol en todo su esplendor?

Fué un amor atrevido, sonoro, riente, deslumbrador. Fué tan dichosa, que le importaron muy poco las habladurías de los envidiosos.

Cuando la vieron del brazo de M. de La Marche, no volvieron á pensar en M. Matador. Por otra parte, las más mojigatas tuvieron al fin que darle la razón; porque, después de todo, no había hecho voto de castidad; las comediantas que no se casan, ¿están acaso condenadas á vivir como vestales, alimentando para los demás el fuego sagrado?

Se reconoció además bien pronto, aunque esto no fuera del agrado de las hipócritas, que el talento de la actriz se había acentuado más y más. Las pasiones son una gran escuela para el genio.

Aquella fué la felicidad en todas partes, en el teatro, en su casa, en la de su amante. No se separaban nunca. Si representaba, iba al teatro

y cenaba después con ella; si no trabajaba, disfrutaban á su antojo de todos los placeres con que brinda París. Nunca hablaba él de dinero, porque la joven se hubiera indignado; pero era de esas personas que tiran el oro por la ventana. Esther confesaba que una de las distracciones más agradables para ella era estudiar en su compañía á Schylo, Sófocles, Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, Voltaire y Hugo, no solamente para hallar caracteres, sino para fortalecer su espíritu con el genio de los grandes maestros. Lo que había más encantador en su modo de ser, era que pasaba indistintamente del estudio más serio á la risa más ruidosa. Nunca estaba ni demasiado seria ni demasiado alegre. Unas veces se la encontraba expansiva y otras reservada; los goces del placer le eran dulces y agradables, porque habían pasado antes por los de la inteligencia. Era doblemente feliz, por la escena y por su amante. ¿Quién hubiera tenido valor para arrojarle la primera piedra? Dejémosla disfrutar de la felicidad, y saludémosla en ella, lo mismo que la saludábamos en la desgracia.

Pero un día desapareció M. de La Marche, porque sus ocupaciones le llamaban fuera de París. Esther se volvió á encontrar en medio de sus adoradores: un verdadero batallón de pretendientes: hubieran sido necesarios cuatro sol-

dados y un cabo para hacerlos entrar en razón, si su altiva mirada no los hubiera mantenido á cierta distancia. No era mujer para correr aventuras.

En aquella época fué cuando ocurrió el siguiente lance novelesco, conocido tan sólo por sus más íntimos amigos.

## XI

**Comedia hecha por Esther.**

Gantua iba á verla de cuando en cuando. Esther le había dicho:

—Ha hecho V. mi caricatura, y es menester que haga V. mi retrato.

La joven no tenía tiempo para vivir ni para descansar un momento; pero él le prometió cogérsela al vuelo. Un día se presentó acompañado de su aprendiz, que le llevaba el caballete y la paleta: el mismo que antes le conducía la escalera cuando era pintor de muestras.

—Es listo el aprendiz,—le dijo Esther.

—Sí, y además sirve para dos cosas á la par; cuando tengo convidados, sirve á la mesa; se lo recomiendo á V.; no se bebe más que dos botellas de champagne por sesión.

—¡Diablo! (dijo Esther, recordando su antiguo estilo): ¿tiene tiempo de echarlo en la copa, ó lo bebe en la botella?

—De cualquier modo.

—Tengo un negro para los días de recepción,